

EL CÍRCULO DE A

El acto estaba a punto de comenzar. Era notoria la ausencia del Presidente de la Comunidad.

“Señor alcalde, concejales y público en general:

Es un honor para mí tener la oportunidad de inaugurar esta exposición permanente porque supone un reconocimiento de su pueblo natal a un hombre que durante toda su vida fue referente en la lucha por los ideales de igualdad, libertad y fraternidad. A. no fue un pintor prolífico, su obra se reduce a seis composiciones, aunque una no fue realizada por él, hecho que explicaremos al final. Su gran mérito fue saber interpretar la vida, la vida real, a través de sus cuadros. Haré, por tanto, una descripción lineal en el tiempo.

En primer lugar tenemos “El zapato viejo”. Vemos una sandalia rústica consistente en una suela de esparto que se ata al pie con cuerdas. El ejército sublevado avanzaba sin piedad, encarcelando o segando las vidas de aquellos que habían defendido un reparto más equitativo de la riqueza y la reforma de las estructuras socioeconómicas que oprimían a la población. Muchos y muchas tuvieron que cruzar la frontera en pleno invierno para escapar de tan cruenta represión. El contraste fue tremendo: las primitivas sandalias de los foráneos frente a los zapatos y botas de cuero de los nativos. Esperaban tiempos difíciles, muy difíciles porque habían llegado más de cuatrocientas mil personas en un mes y porque la solidaridad de los primeros días se transformaría, poco a poco, en recelo y temor. Se pusieron en marcha duras medidas contra quienes ayudaran a los que habían invadido la nación. Pronto tomaron conciencia de su situación. Eran refugiados: personas que habían llegado a un país extranjero a causa de una guerra y/o de sus ideas políticas y religiosas. Se fueron levantando campamentos en zonas deshabitadas: la escasez de alimentos, las abundantes nevadas, el frío que penetraba sin compasión en los huesos, la falta de ropa de abrigo, los piojos...Había que ser fuerte y soportar todo lo que viniera. Eran apátridas.

Aquí estamos ante “Sonido multicolor”. Vemos como un señor con grandes bigotes toca la guitarra, una muchacha vestida de faralaes baila un zapateo, hay vasos con vino encima de una mesa, un gatito duerme plácidamente cerca de un brasero y, en la esquina

inferior izquierda, se aprecia la existencia de un círculo negro. El país que los había acogido se veía envuelto en una gran guerra junto a otros ejércitos del continente. Los hombres tenían que ir al frente, buena parte de las mujeres también. Así que los refugiados tuvieron que entrar a trabajar en las fábricas, en los hospitales, en las cocinas, en los campos, etc. A algunos, como en el caso de A., se les permitió formar parte del ejército nacional con el fin de aprovechar su formación militar. Terminada la gran guerra, el país seguía necesitando mucha mano de obra y esto, junto a su abnegada contribución al mantenimiento del país durante el conflicto, favoreció que los migrantes consiguieran los anhelados papeles y fueran declarados ciudadanos de pleno derecho. Por tanto, lo que refleja el cuadro es ganas de vivir, alegría por haber superado la inhóspita situación inicial pero también morriña por estar fuera del país natal. Allí estaba el círculo negro: no podían volver a su tierra.

Nos encontramos frente a “Mujer y paloma”. Vemos la figura de una mujer alargada que llena el cuadro, lleva un sombrero en forma de copa y una paloma sale del sombrero abriendo sus alas. A. conoció a M. en la fábrica en la que trabajaba, después de dos años de noviazgo se casaron. Ambos eran muy activos, con sentido del humor y coincidían bastante en sus ideales vitales y políticos. La copa aparece aquí como un símbolo muy relacionado con el seno maternal productor de leche, fuente inagotable de amor y de vida. A. quiere conectar las raíces de la tierra con el vuelo de la paloma (libertad) a través del cuerpo de la mujer. El círculo negro continúa en la esquina inferior izquierda.

Pasamos a “Familia con perro”. Vemos a A. y a M. cogidos de la mano y a su hijo, que sujeta la correa de un pequeño perro, paseando por el parque. A. ha logrado el equilibrio, se encuentra a gusto consigo mismo y con los demás. Su hijo se va haciendo mayor, cursará estudios superiores y al poco tiempo entrará a trabajar en una gran empresa. Si nos fijamos bien, notaremos la ausencia del círculo.

Aquí: “La soledad y el sol”. A., ya mayor, camina con cierta dificultad cabizbajo bajo el sol. Su mujer falleció hace unos años, su perro fue envenenado por alguien que no lo quería bien. Está solo, sentado en un banco del parque. En los últimos años de su vida fue decisiva la energía del sol. Con frecuencia murmuraba los versos del poeta Vicente Aleixandre: “Era viejo y tenía la faz arrugada, apagados más que tristes los ojos. / Se apoyaba en el tronco y el sol se le acercaba primero, / le mordía suavemente los pies / y

allí se quedaba unos momentos como acurrucado”. A simple vista se observa cierta imprecisión en los trazos, esto es debido a que sus manos temblaban, temblor que fue aumentando con el paso del tiempo.

Finalmente “El círculo verde”. A., estando en el parque, recibió una paliza de varios encapuchados al tiempo que gritaban: “¡¡Fuera los emigrantes!!” “¡¡Fuera los yayos flauta!!” “¡¡Hay que limpiar esta ciudad !!” Sus últimas palabras en el hospital fueron: “Doctor, pínteme un círculo negro en el pecho”. Una lágrima resbaló por la mejilla del facultativo. Pintó un círculo verde encima de su corazón.”

Jesús Claver Giménez